

MILLONES, Luis. *El rostro de la fe. Doce ensayos sobre religiosidad andina*. Univ. Pablo de Olavide y Fundación El Monte. Sevilla, 1997.

El rostro de la fe presenta una vez más la “naturaleza del ser andino y su evolución histórica y cultural”...es una síntesis “íntima y reflexiva” del “runa milenario y actual”, su publicación ha sido posible gracias a la Universidad Pablo de Olavide y la Fundación El Monte. Doce aproximaciones que en más de 100 páginas, incluidas el apéndice fotográfico y una cuidada edición de los Talleres Gráficos de A. Pinelo nos permiten una lectura fluida de la religión oficial de los Incas y los aportes que el cristianismo incorpora a los Andes una vez producida la Conquista. Una vez más temas como el vinculado a Pachacámac, divinidad ordenadora y creadora de la costa central, nos presenta una continuidad religiosa a nivel local y que a la llegada del cristianismo a los Andes se transforma en una manifestación religiosa propia y sincrética o situaciones menos institucionalizadas pero que se relacionan con el ritual, incorporan las antiguas manifestaciones religiosas en una parafernalia propia de los tiempos de la colonia. Combinaciones de elementos, convivencia de tradiciones, la aceptación de un calendario religioso son elementos propios de esta religiosidad; un culto siempre cuestionado pero ampliamente aceptado, el de la Virgen, que justamente surge y se sustenta en espacios con tradición sacralizada, que suman a las características propias de la fertilidad, las manifestaciones de una devoción mariana; Copacabana, Cocharcas, Belén, Pomata son algunas de las formas externas que nos revelan un antiguo culto y un espacio que respeta las manifestaciones de la divinidad que las precede.

San Bartolomé, o Santo Tomás y otros Santos Patronos que se desplazan en los Andes confundiendo con antiguas divinidades y muchas veces en pugna con divinidades tradicionales, protegerán a los hombres y sus localidades, se relacionarán con los devotos y creyentes y aceptarán de ellos el establecimiento de una reciprocidad que asegura su preeminencia en un espacio.

Un calendario católico que se ha adaptado a antiguas festividades y que acomodó algunas situaciones anteriormente respetadas. San Juan y Navidad son fechas que se relacionan con la captación de tributos y la fiesta de Nuestra Señora o Carnaval deben extenderse en el tiempo en tanto que otras actividades ameritan incluirse como parte del calendario ritual.

Nuevas imágenes, nuevos cultos y un desplazamiento de los nuevos centros de poder coinciden necesariamente con la acción política desarrollada en el espacio andino.

La indumentaria, las ofrendas, las fiestas y otras manifestaciones externas al culto nos acercan a elementos propios de culturas tradicionales que en el Perú de hoy nos abren las puertas del límite de lo tradicional contagiando gracias a la migración de una serie de elementos que día a día van convirtiendo al Perú en mestiza cada una de sus localidades, gente del norte, del centro y del sur convergen en un espacio respetado tradicionalmente y alimenta el antiguo culto con sus manifestaciones propias, logrando que este culto a costa de perder su individualidad y carácter propio sea cada vez más mestizo y más cuestionado.

Fiestas como la del Corpus Christi son para el autor algunos de los privilegios de los que gozamos actualmente para percibir ese exotismo de los Incas pero que a la vez nos refleja la riqueza europea de las imágenes formadas en el viejo mundo. La figura del Inca siempre será para los investigadores la imagen de la reunión de elementos positivos y negativos, la reunión de los opuestos, el axis mundi, el héroe civilizador que recibiendo de los dioses un mandato cumple con la tradición y su sociedad; su vestimenta (Gisbert, 1980 ; Iconografía y mitos indígenas en el arte ; y Mujica, 1992 ; Angeles Apócrifos en la América Virreinal) y sus armas lo identifican con el intermediario entre el poder colonial y la población indígena. Asoman al poder, parte de la casta nobiliaria, curacas que manejan el liderazgo de una población sin que la memoria y las necesidades diarias de la población andina se consideraran necesarias por los funcionarios de la administración.

El retrato que se hace de Túpac Amaru, noble indígena del S. XVIII que reclama a las autoridades españolas que le reconocieran ascendencia real, pintan la figura de un personaje más mestizo que andino con elementos propios de una civilización que le imponía normas y principios, que la hacían aparentemente renunciar su propia estirpe; nos hace pensar en la lucha feroz que el hombre del S. XVIII debe afrontar sometiéndose ante las autoridades hispánicas sin perder su prestigio ante su propia identidad. Qué difícil debió ser para hombres como Túpac Amaru, Santos Atahualpa y otros que debieron luchar porque su estirpe no fuera ignorada. La persecución que sigue a continuación de estos movimientos reflejan la preocupación que entre los administradores del sistema debían ejercer.

La representación del poder manejado por representantes de la sociedad tradicional, fue uno de los problemas más arduos por resolver.

Representaciones festivas y teatrales como las de la Virgen de La Puerta, Mamacha Candelaria o Virgen de Belén retoman elementos propios de la idiosincrasia del Ande buscando en el individuo de hoy el reflejo de un antiguo modo de comportamiento o personificación de todo aquello que fue en los andes la imagen mítica del origen, la tradición y el puente con la tradición, que merece ser conservado.

Una publicación que despierta el interés siempre presente por la tan cuestionada presencia de lo hispano y lo andino y que con el tema religioso encontramos un rico caudal son preguntas por resolver.

*Amalia Castelli González*